

In Memoriam Mark Fisher, un 13 de enero.

Nina Power

(Traducción: Vicente Rubio-Pueyo)

Hay una frase en *La sociedad del cansancio* de Byung-Chul Han que me hace pensar en ti: “la violencia de la positividad no desposee, sino que satura; no excluye, sino que agota”. Tú siempre fuiste quien diagnosticó mejor que nadie esta condición. Viviste siempre atravesado por la violencia de la positividad, aunque intentaras al mismo tiempo embriarla por todos los medios. Eras capaz de refractar todo, de comprometerte con todo y con todos. Eras capaz de disolver el cinismo y de convertirlo en energía. Podías quedarte dormido en el suelo, como un lémur, y después despertar y continuar la conversación como si el sueño no hubiera sido nada más que un momentáneo parpadeo de un deseo real, del deseo de una amistad perpetua, de una conversación interminable.

La otra noche soñé contigo. Caminabas por una playa. Yo estaba mirándote desde arriba, a través del cristal de una ventana. desde una gran torre o tal vez un faro o la cabaña de un vigilante. Estabas solo, aislado en tus pensamientos. Absurdamente – o tal vez no tan absurdamente, porque te encantaba hacer eso – parabas un momento, te ponías a bailar y después seguías caminando por la orilla del mar. Más tarde, de pronto, estabas en la torre conmigo, y hablábamos tranquilamente sobre tantas cosas. Me contabas que echabas de menos a tu hija (aunque tú nunca tuviste una hija) y hablábamos sobre “la presión femenina”, que era algo que siempre solíamos discutir cuando estabas aquí: siempre buscaste eso en la música que escuchabas, en tu pensamiento, en tu trabajo, y en tu vida. Cualquier cosa en la que no haya mujeres está condenada a la planicie, pensabas: la música, la filosofía, la amistad.

Quiero hablarte del hermoso hombre que eras. De cómo tu odio hacia “el solitario orinal de la subjetividad masculina” – como lo llamaste una vez de forma tan divertida – se desplegaba en tu amor por la cercanía de las mujeres. Nunca he encontrado a un hombre que amara a las mujeres tanto como tú, ni a nadie que animara tanto a las mujeres cercanas a pensar que ellas tenían algo que decir, que no eran simplemente la novia de alguien, ni he conocido a ningún hombre que disfrutara más de la compañía de las mujeres. Quiero que todo el mundo sepa lo amable que eras, y que sepan de todas las cosas que hicimos juntos, y que sepan de la persona extraordinaria que eras. Diste tanto de tu tiempo y tanta de tu pasión a tanta gente. No puedo evitar pensar en cómo todo lo que hacías te llenaba de energía, pero también te agotaba, y no puedo evitar pensar en que te sacrificaste, en cómo sacrificaste tu vida para revitalizar el mundo. Hundida en la desesperación de los meses siguientes a tu muerte, me he preguntado muchas veces si tal vez fuiste enviado junto a nosotros, entre nosotros, por extrañas razones que ya nunca podremos entender. Siempre pensé que tendríamos tiempo para ponernos al día, para recuperar el tiempo perdido, para vernos una vez más, y otra vez más. Si el dolor tuviera una forma, puede que fuera algo parecido a estar atrapada dentro de un triángulo, rebotando mil veces, una y otra vez, del dolor a la culpa, y de la culpa al deseo. El deseo de ser digna de tu muerte. Si los triángulos tuvieran un dios, Dios tendría el aspecto de un triángulo, dijo Spinoza, y siempre nos reíamos tanto cuando enseñábamos eso, igual que nos reíamos de tantas cosas, y tú siempre parecías tan joven cuando reías, y tan gamberro, y tan dulce.

Cuando recomendabas algo que escuchar o que leer, siempre lo hacías para llevarlo hacia cualquier otro lugar, para luego - sin olvidarte nunca - volver a la idea o al objeto inicial. Todo fluía a través de ti, y podías hacer que todo cambiara de un momento para otro, y no importaba dónde estuviéramos – comiendo una torta de carne y puré de patata en el centro comercial de Orpington entre las clases que enseñábamos en la universidad para adultos, o en el suelo de un apartamento, o paseando, o en un bar. Disolvías la inercia en una ráfaga eufórica de pensamiento. Pero nunca lo hacías como un monólogo, o sintiéndote más importante que los demás. Nos hacías crecer a todos, dabas vida a nuestras ideas, por incipientes, o aproximativas, o tontas que fueran. Querías que la gente sintiera y pensara lo que acababas de sentir y de pensar, para abrirnos más, para conectarnos más entre nosotros. Juntabas a la gente, nos reunías, sin querer ser nunca el centro, sin ser celoso ni posesivo. Para ti, conectarnos era una forma de cuidarnos.

Desde que te has ido me cuesta tanto, me resulta tan duro volver a leerte. Creo que es porque hay todavía tanta vida en tus palabras, pero hay también tantos fantasmas. Y escribías tan bien, tu escritura era tan buena, y es tan buena. Capturabas como nadie la alegría en la escritura. Lo “libidinal” era una de tus categorías favoritas. Siempre podías sentir cuándo algo lo tenía, y cuándo no. Y al mismo tiempo todos vivíamos rodeados de tantas cosas “deslibidinadoras”, y tenías razón sobre eso, aunque algunos no quisieran nunca de veras darse cuenta. Y esa es también una guerra de clase, y también tenías razón sobre eso. Y tu pregunta acerca de cómo puede tanta gente poseer riqueza y poder inmensos y al mismo tiempo aparentar ser una víctima, alguien marginal y oposicional era la correcta, y por eso enfureció a la gente a la que esa pregunta interpelaba. Me encantaría decir que las cosas han cambiado, pero no lo han hecho. No sé cómo podemos romper su poder, pero sé que nunca dejaste de pensar sobre eso, y nunca dejaste de buscar una vía de escape a esa lógica, incluso cuando buscarla te hacía daño.

Ojalá supieras cuánto te apreciaba tanta gente, y cuánto hubieran hecho tantas personas para protegerte. Yo habría hecho cualquier cosa. Ahora ya nada es lo mismo. Me acuerdo cuando visitamos aquel cementerio en Kent donde estaban aquellas trece tumbas de niños, sus lápidas con forma de rombo, aquellas que describe Dickens. Y tú estabas tan conmovido por aquellas tumbas, y nos las querías mostrar, y nos quedamos allí un buen rato, entre aquellos narcisos y aquellas lápidas. Y hoy es día trece, y ha pasado un año desde que ya no estás, y te echo de menos, y todos te echan de menos, y podría escribir sobre cien cosas más que hicimos, y sobre cien cosas más que dijiste, y sobre todas las cosas que pensaste y sentiste, y sobre que quiero ser digna de ti y de tu muerte, porque fuiste el mejor, y todos te adorábamos, y todavía te adoramos, y siempre te adoraremos.